

UNA EXCURSION

A GUALAQUIZA, BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO - ECUADOR
EN ABRIL DEL PRESENTE AÑO.

Observaciones sobre el camino que conduce a esta colonia, sobre el estado actual y futuro de ella, y sobre la clasificacion y usos de algunas plantas vistas por el autor en su pequeño viaje.

Opúsculo escrito por

LUIS CORDERO,

CON EL FIN DE PROPENDER AL BIEN DEL PAÍS,

y dedicado a la muy inteligente y estudiantina juventud del Azuay, para excitarla al ameno e interesante estudio de las desconocidas riquezas vegetales que contiene el suelo de la provincia.

CUENCA, agosto 4 de 1875.

IMPRESO POR ANDRES CORDERO.

UNA EXCURSION

A GUALAQUIZA.

BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO, I. 1911

Para el hombre que ama un poco el estudio y la meditación, es muy placentero alejarse, por algunos días, de la turbulencia y bullicio de las ciudades; dar de mano a los habituales negocios, e ir a recorrer los campos, aspirar el aire puro de ellos, y aun internarse en los bosques, como si, huyendo de una sociedad, no siempre grata, buscáse, en la soledad y el aislamiento, sosiego para su espíritu fatigado y alivio para su dolorido corazón.

Días de independencia y tranquilidad son, efectivamente, los que uno pasa, cruzando desiertas llanuras o hundiéndose en solitarias selvas, que, cobijándole con su sombra, parece le defendieran de los ultrajes y animadvertencias del mundo. A todo el que se sienta oprimido por el peso de las decepciones sociales y se hallé en riesgo de caer en el abatimiento y la postración, que sobrevienen, como natural consecuencia de los frecuentes desengaños, le aconsejaría yo que trate de recobrar el vigor perdido, robustecer su fe y dar pábulo a su esperanza, pidiendo a la virgen naturaleza impresiones que fortalezcan el alma y devuelvan su robustez al organismo.

Lo interesante y variado de las escenas que van sucediéndose, lo curioso de ciertos hechos, lo imponente y majestuoso de algunas maravillas, que nada deben al hombre, desvían provechosamente el espíritu del carril vulgar, le convidan a serias reflexiones, le elevan, naturalmente, a la contemplación de la Providencia y le hacen olvidar las pequeñeces y miserias de los hombres. Las contrapuestas pretensiones, las discordias y rencillas de estos, vienen a ser, entónces, para él, mas mesquinas y despreciables que la pugna de dos ejércitos de microscópicas hormigas, que se disputan la posesión de algunas hojas.

No en vano han hecho los poetas de todas las edades y naciones una cumplida apología de la vida del campo. Cada uno de mis lectores conoce, por experiencia, cuánto es

el consuelo que recibe, cuánto el bienestar que siente, el corazón mas lastimado, cuando, retraído del comercio de las gentes, en limitada comunicacion con un estrecho círculo de amigos o deudos, tiene la dicha de prescindir, sin reserva, de todo lo que acontece mas allá de los montes que circuyen la localidad. Invencible es, a veces, el deseo que uno tiene de aislarse, de ir léjos, muy léjos, de pedir asiento a las rocas, silencio y sombra a los bosques, para descansar, en el retiro, divorciándose de la sociedad, que, si le brinda algunos goces, se los ofrece mezclados, ordinariamente, con acíbar. El hombre fatigado ha menester de reposo, el acongojado de consuelo. Dónde los buscan? En un lugar en que puedan estar exentos, siquiera durante algunas semanas, del cotidiano afán y de las penalidades continuas que la vida social les causa.

Notará, talvez, alguno de mis lectores que doy un tono melancólico a los párrafos que sirven de introduccion a este pequeño y nada importante opúsculo; pero los leerá con indulgencia, considerando que las ideas y expresiones de un escritor han de revelar, necesariamente, el estado de su ánimo, y que no hay sinceridad en quien adopta un estilo jovial, alegre y festivo, reprimiendo sentimientos de otra índole, cuando estos le dominan. Pocos serán, por otra parte, los sujetos que no participen actualmente de la tristeza de que me siento poseído, y que, atenta la situacion del país, especialmente en lo mercantil, agrícola, e industrial, es decir, en lo económico, conserven todavía la hilaridad tan propia del carácter cuehcano.

Por lo demas, al dar a luz mis pensamientos y observaciones, tratando de un breve viaje hecho a la región oriental de la provincia, no me propongo otra cosa que cooperar a la futura felicidad de esta, haciendo que la autoridad y los particulares fijen su atencion en un asunto de reconocida importancia, y procurando estimular a la juventud, en lo que concierne al estudio de nuestras riquezas vegetales. Desearia que mis conocimientos no fuesen tan limitados, como lo son, para echar torrentes de luz sobre lo mucho que se ignora; pero, desprovisto de maestros, de libros y de otros elementos, necesarios para un estudio profundo, me concretaré, muy a pesar mio, a superficiales indicaciones. Ellas serán, no obstante, de alguna utilidad; pues servirán, cuando ménos, para excitar a otros mas hábiles que yo, y determinarles a examinar profundamente lo que apenas he podido notar de paso. El amor a

la ciencia y la verdadera sabiduría son cosas en extremo diferentes. Tengo yo el primero, mas carezco de la segunda. ¡Ojalá que en mi país haya, no muy tarde, quienes asocien debidamente el uno a la otra!

II

De Cuenca a La Portada.

Poco que no sea comun y suficientemente observado encuentra el que, partiendo de la capital del Azuay, dirige su rumbo hácia el sudeste, hasta situarse en la última cresta del tramo oriental de los Andes, para dar principio al descenso. Nunca deja de notar, sin embargo, la urgente necesidad de caminos mejores que los actuales, que faciliten la comunicacion recíproca de los pueblos y hagan mas provechosos los afaes de los hacendados y demas gente dedicada a cultivar la tierra. La agricultura se ennoblece de un modo inesperado. Las mieses que ella produce han cuadruplicado su valor, en estos últimos tiempos, y, aunque parte del alza sea debida a las malas cosechas de los años precedentes, lo cierto es que, normalizados los precios, en épocas posteriores, serán todavia bastantes a retribuir los capitales y el trabajo que se inviertan por el cultivador; pues nunca llegarán ellos a ser tan viles, como diez y ocho o veinte años ha. La carestía no siempre es un indicio de escasez en la producción. Hay una carestía que los economistas llaman *de buena ley*: procede esta del desarrollo de la industria en otros ramos y del aumento de las necesidades, en una poblacion que crece y progresa. El mejoramiento de las vias de comunicacion debe ser, despues de la instruccion pública primaria, el objeto preferente de la atencion de los gobiernos; mas, como los recursos con que cuenta el erario no bastan, en la actualidad, para emprender en la construccion de ellas, en todas las secciones de la República, conviene, por lo ménos, que las autoridades subalternas cuiden de mantener en un estado regular los malos senderos que conducen de parroquia a parroquia, senderos que se ponen intransitables en las épocas de lluvia.

Otra de las particularidades dignas de observacion, en el camino que se siguió desde esta ciudad hasta la eminencia indicada en el párrafo anterior, es la existencia de

abundantes minas de hierro en varias localidades. El color rojizo de la tierra, en casi todo el pueblo de *Quinjeo*, confirma la verdad de esta asercion; pues él procede, como es sabido, de la presencia del óxido de ese metal. En efecto, no es necesario cavar el suelo, para descubrirlo; porque desde luego se hacen notar, en la superficie misma de la tierra, grandes planchas de hierro, no muy impuro; siendo de observar que, en ciertos puntos, han servido aun para formar cercas, algunas masas redondas del mineral de que hablo. Lástima es, y grande, que no se establezca en el país un aparato de fundicion, que pueda suministrar a Cuenca, en forma adecuada para los usos industriales, el metal que tan profusamente le brinda la naturaleza. Probable es que pasen todavía muchos años, sin que los habitantes del Azuay tomen del suelo en que pisan un material que tan costosamente importan del extranjero. He oido hablar con mucho entusiasmo, sobre este importantísimo asunto, al hábil mecánico aleman, señor don *Cárlos Ruegg*, establecido en Cuenca de algunos años a esta parte. Posible es que sus notables conocimientos y pasmosa laboriosidad contribuyan a realizar el deseo que he creido oportuno expresar, aunque de paso. ¡Cuánto no le debería mi patria, que, a pesar de la escasez de sus recursos pecuniarios, se ve obligada hoy a comprar en otros mercados aquello mismo que posee!

Entre la muchedumbre de plantas que vegetan en la comarca interandina, cruzada por el camino que seguí en mi pequeño viage, he notado, particularmente, las que voy a mencionar. Suplico a los lectores que disculpen mi poca instruccion, en gracia del entusiasmo con que miro el tan importante, como difícil, estudio de la Botánica. He dicho ya que uno de los principales objetos de este mi trabajo es despertar en la inteligente juventud del Azuay una viva aficion al estudio de ciencias como esta. Otros compatriotas míos escribirán mas tarde, no lo dudo, con mayor saber y acierto, sobre materia tan vasta y profunda. Yo pongo mi grano de arena, para el futuro edificio; deposito mi óbolo, para el caudal que ha de acumularse. No me es dado componer una "*Florea Cuencana*"; me contento, pues, con arreglar un diminuto ramillete y obsequiárselo a mis jóvenes amigos, que me lo aceptarán benévolo. No escribo para los sabios, que se reirian de mi audacia; lo hago para los que desean aprender, y comienzan por adquirir algunas nociones, ántes de abarcar el conjunto de principios y doctrina, que constituye una ciencia.

En las pendientes pedregosas y bastante áridas de las haciendas de *La Oria*, pertenecientes a la parroquia de *San Bartolomé*, he encontrado una especie de *Lippia* (género correspondiente a la familia de las *Verbenaceas*). Es un arbusto de tamaño regular, cuyas hojas tienen el olor del toronjil [*Melissa officinalis*] y las flores el del narciso. Los indios le dan el nombre de *Inga coca*. Si se pudiese extraer el aceite esencial de esta planta, se obtendría, en mi concepto, un perfume sumamente delicado, que quizá sería también aplicable a algunos usos médicos, como lo es el principio aromático de muchas plantas.

En la region cercana a aquella en que se encuentran esas vastas mesetas y cumbres, cubiertas de gramíneas y llamadas comunmente *pajones*, he visto otro arbusto, de mediana elevacion, cubierto de hermosas flores rosadas, que competirían en belleza con las mejores de nuestros jardines y huertos. Es el conocido con el nombre vulgar de *Payama*. Pertenece a la familia de las *Ericaceas*, y lo designan los botánicos con el nombre de *Befuria grandiflora*. Tiene, entre las personas del campo, la reputacion de remedio eficaz para resolver los abscesos del hígado, que esa gente sencilla suele llamar *apostemas interiores*. A nuestros médicos toca indagar si realmente goza de la virtud que se le atribuye. Es de suponer que la posee en efecto; pues la creencia del vulgo se funda, de ordinario, en las lecciones reiteradas de la experiencia. ¡Qué de vegetales preciosos, que hoy desempeñan un gran papel en la *Materia médica*, no han sido incorporados a esta, en virtud de las indicaciones hechas por ignorantes campesinos! Ahí están, para no citar otros, el *Matico* y la *Quina*.

Por la hermosura y fragancia de las flores, me ha parecido también notable un arbolillo, que los indios denominan *Ashapud*. Pertenece a la familia de las *Loranthaceas*, y parece ser el *Loranthus nitidus* que Humboldt y Bonpland descubrieron en el páramo de *Saraguro*. Tiene la talla de un naranjo; no es parásito, como sus congéneres, y se hace admirar por la abundancia de flores que cubren su copa, dándole un aspecto muy elegante; pues son ellas de un color amarillo de oro. Lo he visto igualmente en los bosques de *Masan*, al occidente de esta ciudad de *Guenea*, donde abunda otra planta del mismo género, el *Loranthus pycnanthus* (vulgarmente *Simar*), que adorna con sus flores purpúreas los sencillos pesebres, construidos por la gente devota para las fiestas de *Navidad*.

Podría hablar aquí de otras muchas plantas, dignas de especial mención; mas no me lo permite la índole de este escrito, y quiero tratar solamente de las *Gencianas*, tan notables por la belleza de sus flores, como por lo interesante de sus propiedades médicas, reconocidas desde una antigüedad muy remota. Cuéntase que *Gencio*, rey de *Iliria*, fué el primero que experimentó y dió a conocer las propiedades de estas plantas. Contienen ellas un principio amargo, la *gencianina*, que las hace febrífugas y tónicas. No lo ignoraban los aborígenes de nuestros países, y era tan buena la reputación de que entre ellos gozaba la genciana, que la conocían con el nombre de *Callpachina yuyu*, es decir, *Yerba de hacer correr*, con alusión, según dice el ilustre *Caldas*, a la facilidad con que convalecían, de las obstrucciones y otras enfermedades del vientre, los niños a quienes se les administraba esta planta, no se sabe en qué forma.

“La raíz de genciana, dice *A. Richard*, citado por *Moquin-Tandon*, es el mas poderoso y enérgico de los tónicos europeos”. “Se lo administra, añade el último, en polvo, en tisana, en extracto, en jarabe, en vino o en tintura.” La especie mas usada en Europa es la *Gentiana lutea*, que se produce en los Alpes, en los Pirineos y en otros lugares elevados, sin que dejen, por eso, de ser empleadas en Medicina la *G. purpurea*, la *G. cruciata* y otras varias. Las especies que vegetan en la cordillera de los Andes pueden, todas ellas, reemplazar a la oficial; pues contienen, sin excepcion, la *gencianina*, que se halla en las europeas. Si las conociesen nuestros boticarios, y confiaran algo mas en las virtudes de las plantas indígenas, que miran con cierto desden, solo porque son indígenas, según ya lo observó el *R. Solano*, las emplearian muy acertadamente en las diversas preparaciones en que figura la *Gentiana lutea*. Economizarían, de este modo, lo que inútilmente gastan en comprar la droga extranjera, y estudiarían, por otra parte, las varias especies andinas.

Las que yo he hallado en mi excursión, después de haber visto ya varias de ellas en otros lugares frios de la provincia, a 8000 o 9000 piés sobre el nivel del mar, son las siguientes:— la *Gentiana Stellaroides*, de hermosas y abundantes flores violadas, que suele trasformar en un verdadero jardín algunas llanuras de la hacienda de *Burgay* y otras contiguas, en la época en que florece; la *G. gracilis*, que se da en localidades mucho mas elevadas, es decir, en los pajones de la cordillera; la *G. foliosa*, de flores purpúreas,

que vegeta en parages análogos; la *G. sedifolia*, que des-
viende desde aquellas alturas, hasta las inmediaciones de
esta ciudad; esto es, hasta las faldas de los montes que la
dominan. Crece en el césped que cubre nuestras llanuras, y
apénas deja ver, entre la grama, sus pequeñas florecillas, de
color azul celeste. Tienen estas la curiosa propiedad de con-
traer sus pétalos y cerrarse; al frotarlas levemente con la
mano. Los indiecitos pastores la conocen perfectamente, y aun
se divierten con ella, obligándola a plegar su corola. El nom-
bre con que la designan alude a esta propiedad sensitiva. Yo lo
expresaria en este escrito, si, como he dicho en otra ocasion,
hablando de una especie de *Oxalis*; no temiese que mis lec-
tores se rian maliciosamente de la sencillez y franqueza con
que nuestros indios denominan algunas plantas.

A mas de estas especies de *Gentiana*, he encontrado en los
pajones de *Matanga*, que forman lo mas culminante de la
via que seguí, una de flor amarilla, manchada de rojo, otra
de flores purpúreas, muy abundantes, y otra de flores blancas,
mas abundantes aun. No me ha sido posible calificar todavia la
especie botánica de cada una de estas, por falta de algunas
obras especiales, que me propongo adquirir mas tarde.

Para terminar esta seccion, me parece oportuno mencionar
tambien la *Swertzia brevicornis*, de la misma familia de
las *Gencianaceas*: Crece en los lugares húmedos y elevados
de la cordillera. Los indios la llaman *Taruga sachá*, por
la figura de cuernos en que termina, por debajo, la coro-
la de la flor, circunstancia en que se funda tambien la dife-
rencia especifica del nombre botánico. He oido decir a va-
rias personas que esta planta es muy eficaz para la cura-
cion de los dolores de muelas. Convendria observar si real-
mente goza de tal virtud. Lo cierto es que la familia de
que hablo contiene vegetales de suma importancia en la
Medicina, siendo uno de ellos la *Canchalagua* (*Erithrea*
quítensis), que se da en nuestras haciendas de tempera-
mento abrigado.

III

De La Portada a Chigüinda.

El paraje en que termina el vasto pajon de *Matan-
ga* y principia el descenso hácia las selvas de la vertiente
oriental de los Andes, tiene el nombre muy adecuado de

La Portada; pues ciertamente lo es del nuevo y bien diverso camino que comienza allí para el transeunte. Domina este, desde esa postrer eminencia, los inmensos y sumamente escarpados bosques en que va a hundirse, dentro de poco, exponiéndose a los inminentes riesgos que le ha de presentar, a cada paso, una senda angostísima, formada en el rápido y escabroso declive de montes gigantescos. A muy poca distancia de este lugar, se encuentra la famosa pendiente llamada *El churuco*, es decir *El Caracol*, nombre también muy adecuado; pues la tortuosa vereda baja culebreamdo, por una peña casi vertical. Imposible sería descender o subir por ella, si algunos pedruscos atravezados no formasen una como escalera, en que las bestias van colocando penosamente los cascos, a riesgo de irse de hocicos, al bajar, o desplomarse hácia atrás, al regreso. Lo peor es que ciertos extremos de las curvas de ese caracol están situados sobre un abismo, hácia la derecha; de modo que es indispensable poner unos palos en sentido longitudinal y a cierta altura, para que la mula no desvíe el cuerpo y ruéde a una profundidad enorme. Este paso ofrece, indudablemente, la mayor de las dificultades, en el camino de *Gualaquiza*. Se ganaría mucho, si se lo pudiera evitar, dando a ese camino otra direccion en esta parte.

Sé que algunas personas, interesadas en el bien del país, tratan de adoptar, con este fin, la antigua via usada por el licenciado español don *Juan López Tormaleo*, para bajar a su fundo de *San Dionisio*, y aun al punto de *Granadillas*. He inspeccionado con bastante atencion la localidad, y creo que el nuevo rumbo seria mucho mejor que el presente. El término de la via, por entre el bosque, vendria a caer en un punto mas lejano, hácia el sur, lo que, talvez acrecentaria un poco el trayecto; pero, aunque esto resultase, seria demasiado ventajoso caminar cómoda y seguramente, llevando esa otra direccion. Sujetos que conocen aquellos parajes mucho mas que yo, y que han hecho exploraciones, para descubrir un buen rumbo, aseguran que conviene seguir el de la via que llaman *de Tormaleo*. ¡Ojalá que el afán con que se procura hacer esta reforma no escolle en la falta de fondos pecuniarios, o en la frialdad e inercia que suceden, por desgracia, al primitivo entusiasmo, cuando se trata de empresas que no miran, de un modo directo, al bien individual de tal o cual persona!

Adoptada la nueva direccion, desde la altura de los pajones, hasta *Granadillas*, paralelamente al rio de *San Dio-*

niso, quedaria tambien a la izquierda el punto que se llama *El Calvario*, nombre que tanto le cuadra. — Permítaseme admirar, de paso, el excelente instinto del pueblo, para adecuar nombres a las cosas. En las denominaciones excogitadas por él debe haberse fundado, sin duda, el conocido refran: *Conveniunt rebus nomina scepe suis*. — El *Calvario* es una cresta de mucho peligro, aunque de corta extension. A derecha e izquierda del transeunte hay despeñaderos espantosos, sin que pueda huir de ellos, desviándose por ninguna parte. Insisto, pues, por esta razon mas, en que es conveniente la adopcion de la via indicada. Si se contase con la eficaz cooperacion de la autoridad, como parece que se espera, pronto quedarian abandonados uno y otro precipicio.

Continuando mi viaje hasta *Chigüinda*, he notado que el camino todo necesita de urgente composicion. Es de presumir que él no seria muy malo, en la época en que los fondos del extinguido canton de *Gualaquiza* se empleaban en repararlo con frecuencia. Todavia quedan algunos vestigios de lo que entónces se trabajó; pero la accion del tiempo y la de las lluvias lo han deteriorado tan considerablemente, que no queda sino un angostísimo sendero, que va fajando las casi perpendiculares cuevas de los montes. La parte interior de la via, es decir, la que se ha formado removiendo el material de las rocas, ha llegado a obstruirse completamente: el terreno que se ha deslizado de las pendientes, los arbustos que han crecido en abundancia y los despojos de los árboles contiguos, han echado a perder esa parte; por manera que la bestia camina, de ordinario, por el borde exterior, y el jinete lleva siempre inclinado el cuerpo hácia el lado opuesto, como para saltar, si le fuere posible, luego que sienta deslizarse, por el otro, los piés de aquella: ¡penosa posicion, que se ve forzado a conservar durante toda la jornada!

Para el alojamiento de los transeuntes, existe una posada o casa de *tambo* en *Granadillas*, punto intermedio entre la *Portada* y *Chigüinda*. A la izquierda de esta casa, en un paraje algo inferior, tiene establecido un *ensable* (a) el señor *Manuel Celleri*, vecino del *Sigsig*. Seria muy útil, para él y para los pasajeros, que diese mayor ensanche a sus

(a) *Entables* se llaman en el país los fundos recientemente establecidos, en localidades que ántes habian permanecido incultas.

labores, cultivando una porción más considerable de tierra y afanándose en la formación de sementeras y plantaciones. Como la temperatura de *Granadillas* es ya considerable, se producen perfectamente el maíz y la caña de azúcar; según lo pude observar por los cultivos que en la actualidad se han hecho. La feracidad de la tierra tiene que ser, naturalmente, mucha; pues se ha formado en esas localidades, con el trascurso de los siglos, una profunda capa vegetal, procedente de los despojos del bosque. No hay más que descuajar este y preparar el suelo. ¡Lástima es que lo muy agrio de las pendientes, en esas grandes masas que se elevan para formar los Andes, inutilice para la agricultura casi toda la inmensa extensión de terreno que hay desde los pajones hasta Gualaquiza! Raros son los sitios que, como *Granadillas*, el *Rosario*, *Sambopamba*, *Chigüinda*, *Sanjosé*, *Paloquemado*, *Cuchipamba*, &c. forman planos de suave inclinación o faldas no muy escarpadas. Esta consideración ha sido, indudablemente, la que ha inducido a nuestros antecesores a caminar, durante dos o tres días, atravesando las selvas, a fin de hallar, entre los bárbaros, un valle más a propósito para las empresas agrícolas.

En el trayecto de *Granadillas* a *Chigüinda* hay que vadear el río *Blanco*, que debe su nombre al color de las piedras de su lecho. Es de presumir que estas sean de naturaleza calcárea, lo que, si realmente es así, debe quitar a las aguas del *Blanco* la calidad de saludables. Desciende este río de las alturas del occidente, y va a reunirse con el de *Sandionisio*, después de recoger el pequeño caudal de algunos arroyos, entre los cuales figura el de *Tigrepungu*. No es de tanta consideración, que no se lo pueda pasar fácilmente en las épocas de verano; mas, en las de lluvia, debe ponerse invadeable; por lo cual es necesaria la construcción del puente que hoy se echa de ménos.

En cuanto a la vegetación de esos lugares, creo superfluo expresar que es absolutamente diversa de la superior. Termina, cerca de la *Portada*, la región de las *gramíneas*, de las *gencianas*, de las *drabas* de las *pourretias*, de las *valerianas*, de los *lupinus* y otras plantas de aquellas que los botánicos llaman *alpinas*, y empieza, desde allí, un verdadero bosque, formado, al principio, por arbustos y arbórillos, y luego después, por árboles encumbreados y corpulentos, cuyas copas se levantan majestuosamente a una prodigiosa altura. Para examinar estos y reconocer su familia, género y especie, se necesitaria, no solo de co-

nocimientos superiores a los míos, sino también de mucho tiempo y paciencia. Yo me he limitado a ver, en mi rápido viaje, las plantas de talla inferior, que crecen a una y otra márgen del camino, o vegetan en los lugares en que ha tenido lugar mi alojamiento. Hablaré de algunas de estas, que me parecen interesantes.

La importante familia de las *gencianaceas* está representada, aún en esos bosques, por tres diversas especies de *Lisianthus*, que dan flores muy hermosas. Rojas las de la una, blancas las de la otra y rosadas las de la tercera, constituyen uno de los principales adornos de esas soledades, y lo serían también de nuestros jardines, si se lograse aclimatar en ellos los elegantes arbustos que las producen. Las flores de color rosado, con líneas amarillas en el limbo de la corola y moradas en la parte interior del tubo, proceden, a mi ver, del *Lisianthus calygonus* de Ruiz y Pavón. Es la más linda de las especies vistas por mí. Aconsejo a las personas que suelen viajar frecuentemente a Gualaquiza, que procuren traer consigo algunas cápsulas secas, y provistas de semilla, para ensayar la aclimatación de este bellísimo arbusto, en nuestros huertos de temperamento medio. Creo que prosperará en ellos perfectamente; pues vegeta en localidades de diversa temperatura, desde la cuesta de *Granadillos* hacia abajo. Muy fácil es reconocerlo, entre las demás plantas, porque se deja notar de suyo, a consecuencia de la belleza y tamaño de sus flores, que son, como he dicho, de color rosado. La planta tiene la altura de tres varas o poco más.

En el entable de *Chigüinda*, propio de José Manuel Valverde, sirviente del finado don Juan Valverde, que con tanto entusiasmo miraba la colonización y cultivo de las comarcas orientales, encontré la *Guaviduca* y la *Paja toquilla*, cuidadas por él, entre otras varias plantas. La *Guaviduca* es una especie de *Piper*, que pertenece, como la pimienta del comercio (*Piper nigrum*), a la familia de las *Piperáceas*. Es muy conocido el uso que se hace de las hojas de este vegetal, empleándolas como especia o condimento. Su sabor se asemeja al de la pimienta, y debe suponerse que el parenquima de aquellas contenga el aceite esencial y la *piperina*, que recomiendan a la última.

En cuanto a la *Paja toquilla*, (*Carludovica palmata*), no pude ver sin un interés muy particular esta preciosa planta, de cuyas hojas, dispuestas elegantemente en forma de abanico, se prepara el importante material que sirve

para la fabricacion de nuestros bellisimos sombreros blancos. Ya, en varios lugares del bosque, habia reconocido algunas otras plantas del órden natural de las *Pandanaceas*, a que pertenece la *Carludovica*; de modo que esperaba dar con esta, dentro de poco, y así sucedió realmente. Yo no sé por qué razon no se dedican al cultivo de ella, en mas considerable cantidad, los pobladores del *Rosario*, *San José* y *Gualaquiza*, siendo tan manifiesta la utilidad que, de hacerlo así, podrian reportar. Nada mas fácil, por otra parte, que formar grandes plantaciones de un vegetal que se produce espontáneamente en esos puntos. Cierto es que la paja comunmente llamada *de Gualaquiza* carece de la blancura tersa que tiene la que nos traen de la costa; pero, aunque este defecto no se pudiese corregir con un esmerado beneficio, siempre seria provechoso, para el cultivador y para el país, proveer a este de la primera, en porcion suficiente. La industria de la fabricacion de sombreros, y de su exportacion a la costa del Pacífico, es una de las mas lucrativas, entre las pocas con que cuenta esta provincia. Con fundamento puede esperarse, ademas, que se adopte y generalize en algunos otros países el uso de nuestro sombrero; con lo cual irá, necesariamente, mejorando el precio de él. Las fluctuaciones de este precio en el Perú, en Chile, en la Habana, &c. han desalentado, ciertamente, a los exportadores cuencanos; mas las últimas ventas hechas en la segunda de esas naciones parece que deben restablecer la confianza que ellos tenian en el negocio. Puede asegurarse que este es el mas interesante en el Azuay; pues hay poblaciones enteras dedicadas a tejer sombreros, y, cuando logran venderlos a precios algo ventajosos, se difunde el bienestar entre la gente mas desvalida y pobre de los campos.— Disculpeme el lector, si salgo frecuentemente de mi ruta, para llevar errante el pensamiento por otras regiones.

En el expresado punto de *Chigüinda* hay algun espacio, como lo indiqué, para formar *entables*. Lo propio sucede en una localidad superior, conocida con el nombre de *Sambopamba* y en otras adyacentes. Varios indios del pueblo del *Sigsig* han hecho y hacen desmontes, sin duda con el intento de trasladarse a esos lugares. La escasez de mieses en este año, y aun en los anteriores, ha puesto a esos infelices en la necesidad de ir a buscar tras los Andes el sustento que les empiezan a negar las tierras, bastante esterilizadas ya, de su parroquia. ¡Quiera Dios que el suelo que, léjos de esta, cultivan, retribuya superabundantemente las

penosas labores de estos desgraciados! (a)

IV

De Chigüinda a Gualaquiza.

Continuando mi viaje en esta seccion, observé que continuaba tambien la mala condicion actual del camino, el que presenta iguales o mayores riesgos, segun lo voy a indicar brevemente. La travesía llamada *de los Chorreras*, por existir allí algunas hermosas cascadas, debidas al descenso de varios arroyos, que bajan lamiendo la pendiente, está llena de precipicios temibles. Toda ella exige un trabajo formal, para que el transeunte pueda marchar sin peligro.

Terminada esta travesía, se encuentra la pequeña poblacion del *Rosario*, situada en un declive ménos rápido que los demas. Compónenla unos pocos habitantes, alojados en una docena de casas, que tienen a su derredor algunos cultivos de extension muy reducida. La caña de azucar, el plátano, la yuca, una especie de *arum* o *colocasia*, con el nombre vulgar de *tuyo* o *pelma*, son, fuera de algunas mieses comunes, los artículos de subsistencia con que cuentan los pobladores del *Rosario*. Tiene este lugarejo el carácter de parroquia civil, con su Teniente y Jueces, circunstancia que no deja de ser favorable a su progreso futuro. Constrúyese en la actualidad una pequeñísima capilla, que, apesar de sus insignificantes dimensiones, será sumamente útil, para que los habitantes de esta lejana aldea, aislada entre las selvas, se encomienden al Todopoderoso, reuniéndose, al ménos en los días festivos, y aun asistiendo al santo sacrificio de la misa, cuando, por alguna feliz casualidad, pase por ese desierto un sacerdote que lo celebre. Si Gualaquiza llega a adquirir la importancia a que está llamado, se acrecentará tambien la de esta poblacion, colocada tan oportunamente en un punto intermedio. El suelo de ella es fértil, su temperatura abrigada y benigna. Despejado el bosque, en mas considerable porcion, podria aumentarse mucho el número de los entables o pe-

(a) El propietario de esos bosques consentiria gustoso que algunas familias infelices ocupen ciertos puntos adecuados para la agricultura.

queños fundos nuevos.

Caminando hácia abajo, hay que descender por la empinada cuesta que llaman *del Rosario*, una de las mas temidas por los transeuntes; pues, sien lo muy extensa y har-to escabrosa, fatiga demasiado a las bestias, particularmente al regreso. Cuando la Autoridad trate de mandar hacer reparos en ese camino, será bien que se ensanche el zigzag que hoy forma, para que la pendiente se suavizé algun tanto.

Al pié de esa larga cuesta, se da con el puente de *Sanisidro*, sobre el rio, ya bastante caudaloso, del mismo nombre. El estado de ese puente es hoy enteramente malo. Las traviesas de maderos medio labrados, que se han puesto sobre las vigas, están atadas por los extremos con bejucos, mas, como estos se han podrido con las frecuentes lluvias, se hallan sueltas muchas de aquellas; por manera que se mueven y retiran a uno u otro lado, cuando pisa la bestia; siendo inminente el riesgo de que esta caiga en el profundo cauce del rio. A esto se agrega que el extremo occidental de dicho puente cae bajo una roca, que sobresale por encima de él, y, como la altura de este peñasco saliente es solo de vara y media o poco mas, es imposible que pasen bestias cargadas, sin que los fardos topen contra ese obstáculo. De aquí la necesidad de quitarles la carga, para evitar el grave peligro de que se desplomen con ella. Ese puente exige, pues, una reparacion inmediata.

Despues de caminar algun trecho, dejando a la izquierda el rio de *Sanisidro*, hay que pasarlo otra vez, engrosado ya con las aguas del rio *del Rosario*. Este paso tiene lugar por el puente llamado *de Cuchipamba*, que está cercano a los antiguos entables del mismo nombre. Superfluo me parece expresar que este otro puente, construido de la misma manera que el de *Sanisidro*, se halla igualmente deteriorado y se destruirá muy presto, si no se lo repara.

Las faldas que el transeunte deja a la derecha, ántes de pasarlo, estuvieron cultivadas, no ha mucho, por los señores dres. *Manuel Dávila* y *Josè Vega* y *Chica*, quienes se proponian obtener un resultado muy provechoso, confiando en la fecundidad del suelo y en la magnífica temperatura de esa localidad; pero, desgraciadamente, hicieron los bárbaros una irrupcion repentina, subiendo desde las márgenes del *Bomboiza*, situadas a seis u ocho leguas de allí, cayeron sobre los entables, y asesinaron cruelmente a varios indivi-

duos de la servidumbre de aquellos señores. Tan deplorable acontecimiento desalentó, como era natural, a los dueños de *Cuchipamba*, quienes abandonaron, poco despues, sus labores. En la actualidad, va cubriendo nuevamente el bosque los lugares desmontados, y muy en breve no quedará el mas pequeño vestigio de los trabajos anteriores: tan pasmosa es la rapidez con que una vegetacion admirablemente lozana forma selvas que parecen seculares.

Pasado el puente de *Cuchipamba*, se hace alto en una pequeña playa, que, por estar cubierta de matorrales, manifiesta haber sido cultivada en años anteriores. Al presente se han hecho otros cultivos, en la parte superior, es decir, en las faldas de *Sanjosé*, que están á la izquierda del camino. En ellas tienen sus pequeños fundos algunas personas de las familias *Zúñiga* y *Brilo* de la parroquia del *Sigsig*. A juzgar por la excelente caña de azúcar y por el muy buen plátano, que he visto traer de esos establecimientos, creo que la fertilidad y temperatura de *Sanjosé* no son inferiores a las de *Cuchipamba*. Importante seria que afluyesen a esa localidad numerosos cultivadores, que la conviertan en una notable poblacion.

Continuando la marcha hácia Gualaquiza, se pasa, muy luego, el rio de *Sanjosé*, que, apesar de no ser caudaloso, necesita de un puente; pues sus aguas deben acrecentarse mucho en las épocas de invierno. A poca distancia de este rio, está el paraje que llaman *Paloquemado*, donde, por la suavidad de la pendiente, es fácil talar el bosque y hacer cultivos. Allí forma actualmente un entable el señor *Francisco Vintimilla*, echando por tierra los corpulentos árboles de la imponente y majestuosa selva. Algo mas abajo de este punto, han existido tambien otros establecimientos de varias personas. Todas ellas los han abandonado, sucesivamente, desalentadas, sin duda, por la decadencia de los fundos de Gualaquiza, por el temor de los bárbaros y por el deterioro del camino.

El actual estado de este es tan malo en esa seccion, como en las anteriores. Es verdad que el R. P. *Pozzi*, y el laborioso señor *Antonio Vega*, que fué Jefe político del extinguido canton, trabajaron mucho en mejorar la via. Es cierto tambien que la direccion mas baja, que adoptaron para esta, dejando a la izquierda las pendientes de *Bellavista* y tomando otro rumbo, en parte de la última jornada, ha sido muy ventajosa; pero, como no ha vuelto a trabajarse mas, haciendo las frecuentes reparaciones que requiere

todo camino, especialmente si es de montaña, para permanecer traficable, está convertida dicha vía en un extenso pantano, lleno de peligros. Muchas de las piezas de madera, colocadas longitudinalmente, en algunos puntos, para cubrir el suelo cenagoso, se han corrompido, o aislado unas de otras, y es grande el riesgo de que la bestia introduzca el casco en los huecos intermedios y se averíe notablemente. Además, hay gruesos troncos, que han caído al travez del camino, y se conservan impidiendo el tránsito por él, circunstancia que hace necesario adoptar un desvío peligroso, por entre el bosque de la márgen inferior.

En resúmen, el camino de *Gualaquiza* requiere una composición pronta y formal, en todo su trayecto, es decir, desde el pajón de *Matanga*, en la eminencia de los Andes, hasta el punto mismo en que, saliendo del inmenso bosque, desemboca en aquel pueblo. ¿Pero dónde están los fondos pecuniarios y los trabajadores indispensables para tal obra? Creo que ni estos, ni aquellos, pueden obtenerse, sin volver al antiguo sistema, esto es, sin restablecer el cantón suprimido y destinar la contribución subsidiaria de sus parroquias, que no son muchas, al mejoramiento y conservación del camino. Muy luego volveré a tratar de lo importante que sería tal restablecimiento, para el progreso, tan apetecido, de *Gualaquiza*.

En cuanto a la vegetación que cubre las faldas de los montes y las cuencas cercanas a los ríos, desde *Chigüinda* hasta las inmediaciones de *Gualaquiza*, diré, generalmente hablando, que es la muy vigorosa y exuberante que los botánicos denominan *tropical*. Los árboles son tan gigantescos, que el ojo se fatiga, buscando, a una grande elevación, la frondosísima copa, entrelazada con las demás que la rodean. El tronco de cada uno se levanta verticalmente, sin ramificarse, de ordinario, sino a muy considerable altura. Apesar de esto y de su sorprendente rectitud, hospéda una muchedumbre de plantas *epífitas*, tales como las *Peperomias*, los *Arum*, las *Gesnerias*, &c, que lo embellecen, vistiéndolo de hojas en casi toda su longitud, y dándole el aspecto de una gran columna, que adrede hubiese sido adornada con ellas.

Pocas *orquideas* pude descubrir, entre estas plantas de vegetación aérea, sin embargo del sumo afán con que procuraba distinguirlas, fijando la vista incesantemente en las bifurcaciones de los troncos, mansion predilecta, aunque no exclusiva, de las más hermosas. No creo que sean escasas

en estos bosques, tan adecuados para ellas, por la constante humedad que mantienen y la sombra con que amparan a los vegetales epífitos; lo que supongo es no haber alcanzado a divisarlas, por no estar actualmente floridas, o porque se me ocultaban entre otras plantas, a una grande altura. Además, como no me fué dado, por la rapidez de mi viaje, penetrar en el fondo del bosque, a uno y otro lado de la vía, no puedo saber si en el corazón de las selvas, en las márgenes de los ríos y en otros parajes, donde la sombra y la humedad son mayores que en los puntos algo expuestos a los rayos del sol, vegetan en la abundancia que es de presumirse. Yo no encontré sino dos hermosísimas especies de *Odontoglossum*, una de *Oncidium*, otra de *Cattleya* y varias de *Epidendrum*. Cuando vuelva, algo más tarde, con mejores conocimientos, a examinar más atentamente la vegetación de estas inexploradas regiones, podré descubrir, quizá, géneros y especies nuevas de tan interesante familia. La excursión que, catorce o quince años há, hizo por estas montañas el distinguido botánico inglés *Mr. Ricardo Pearse*, hubiera sido muy provechosa para la ciencia, así en lo concerniente a las plantas de que voy hablando, como en lo respectivo a muchas otras; pero, desgraciadamente, no pudieron ser conocidos en Europa los trabajos de aquel, a causa de su prematura muerte. Hablando *Mr. Bateman* de la importación y cultivo de las orquídeas en Inglaterra, en estos últimos años, dice:— *In this respect, however, the results have scarcely come up to expectations; a circumstance that is partly to be accounted for by the difficulty attendant on their importation; but which is owing, I grieve to say, in a far greater degree to the untimely deaths of those zealous collectors, Bowman and Pearse, who, when in the very heart of the cool Orchid regions of Ecuador and Perú, succumbed under the pressure of their arduous labours.* (a)

Entre las plantas de la familia de las *Gesneriáceas*, he hallado especies de *Gesneria*, sumamente bellas y de muy variados colores. Con razón, dice el R. P. *Zodiro*, profesor de Botánica en la Escuela politecnica de la capital, que "el arte de la tapicería, del adorno, del paisaje, de podrian sacar de estos bosques (los de la cordillera occidental) modelos del gusto más delicado y peregrino y cuadros dig-

(a) *Bateman, "Monograph of Odontoglossum"*.

nos de los salones mas lujosos". (b) A esta misma familia, y, segun creo, al propio género *Gesneria*, pertenece la planta vulgarmente conocida con el nombre de *Punta de lanza*. Debe esta denominacion a la particularidad de tener sus hojas, en la extremidad de la cara o página inferior, una mancha de color sanguíneo, que no deja de hermosearlas bastantemente. Goza este vegetal de la reputacion de *emmenagogo*, y el pueblo usa de él con mucha frecuencia, sin duda porque de su aplicacion obtiene un buen resultado. Muy útil sería que nuestros médicos indagasen hasta qué punto es racional y fundada tal opinion popular. Bien puede ser este un vegetal precioso, digno de ser incorporado a la Farmacia. El desden que, de ordinario, manifiestan los facultativos por aquellas medicinas que suelen llamarse *caseras*, perjudica mucho al progreso de la difícil e importante ciencia de curar. ¡Qué de estimables adquisiciones no se harian para esta, si se estudiase con algun esmero la virtud de cada una de las plantas que el pueblo designa como medicinales, por una constante experiencia, y se explorase cuidadosamente nuestro reino vegetal, que, en el sentido absoluto de la palabra, se puede llamar *desconocido*! Limitarse al uso de los vegetales indicados por la Botánica médica de Europa, prescindiendo enteramente de la Flora americana, mucho mas rica que la de aquel continente, es desechar, sin consideracion ni discernimiento, lo que la naturaleza ha puesto cerca de nosotros y en relacion con nuestras necesidades, para pedir de lejanas tierras lo que quizá no nos conviene a los hijos de estos climas. Alguna relacion debe haber entre los organismos animal y vegetal de los países americanos: con algun fin ha de haber hecho brotar la sabia Providencia, en derredor nuestro, esta muchedumbre de plantas, que, en su mayor parte, difieren de las que habitan en el antiguo mundo.

Un vegetal curioso, que se da en los bosques de Chingüinda, así como en otros de ambas cordilleras, y que yo lo encontré, por la primera vez, en el *Rosario*, es el *Ficus dendrocida*, de la familia de las *Urticaceas*. Conócenlo vulgarmente con el nombre de *Matapalo*, que le cuadra muy bien, por lo cual fué casi literalmente traducido en el compuesto grecolatino *dendrocida*, que quiere decir *matador de árboles*. Este vegetal, como otros varios de la misma fa-

[b] "Apuntes sobre la Vegetacion ecuatoriana": 1874.

milia, contiene un jugo lechoso, abundante en *caucho* o goma elástica; pero lo notable es que, según observaron *Humboldt* y *Bonpland*, y puede notarlo cualquiera que lo inspeccione, crece arrimado a otra planta, en la cual se enreda de tal modo, a medida que prospera, que va cubriendo con sus ramas y raíces el tronco que le sirve de rodrigon, y, finalmente, lo mata y destruye, quedando, entónces, el *Matapalo* con la corpulencia de un árbol gigantesco. (a) Parece que este vegetal, que así perjudica a otras plantas del bosque, no es inútil en medicina. He oído decir, comúnmente, que su corteza ó su jugo lechoso son eficaces para la curacion de las hernias [vulgarmente *quebraduras*]. Conviene que nuestros facultativos indaguen tambien este particular, acogiendo con alguna benevolencia las indicaciones del pueblo. Y nó solo es el pueblo el que mantiene esta opinion, pues aun el *P. Velasco*, en su "Historia del reino de Quito", tomo I, pag. 36, dice lo siguiente:— "*Matapalo*, es un nervio que nace al pié de los árboles grandes, en los bosques de Guayaquil, Envuelve el tronco tan fuertemente, que lo seca, y él queda de árbol, hasta que otro de su especie lo mate tambien. Se cuentan seis especies con este nombre. *Se saca de todas ellos una resina, que es muy eficaz para soldar las relajaciones o quebraduras de la ingle*". Véase si la cosa no merece ser examinada por un médico inteligente, que ame el progreso de la importante ciencia de la salud.

La interesante familia de las *Lobeliaceas* tiene por representante principal, en los bosques de Chigüinda, y aun en los demas del camino, el género *Siphocampylus*, abundante en especies bellísimas. Yo habia reconocido ya dos de estas en nuestras planicies interandinas, a 9.000 o 10.000 piés sobre el nivel del mar, a saber, el *Siphocampylus barbatus*, cuyo nombre vulgar ignoro, y el *S. giganteus*, llamado por los campesinos *Gusgus*, pero, aunque las flores medio rojas del primero y las blancas del segundo son bastante hermosas, no pueden compararse en modo alguno con las de otras cinco ó seis especies que he observado en mi viaje. Dos de estas fueron, muy particularmente, las que llamaron mi atencion, por la circunstancia de tener agrupa-

(a) *Planta junior in arboribus excelsis ascendit, quas totas obtingens suffocat et necat: planta adulta proceritate trunci insignis.*— "*Nova Gen. et spec. plant.*", II, 46.

da sus numerosas flores en un racimo, que cuelga a modo de un candelabro (La planta es voluble), levantando ella su corola hácia arriba, con mucha elegancia. Amarilias las de la una especie, rojas las de la otra, penden muy graciosamente de los árboles, a las márgenes de la vía. Todas las plantas de este género, y aun más, las de la familia íntegra, contienen un jugo lechoso, acre y nocivo. *All the species*, dice Lindley [*The Vegetable Kingdom*, pag. 692] *are dangerous or suspicious, in consequence of the excessive acridity of their milk.* Es necesario, pues, manejar estas plantas con la debida cautela.

Creo haber encontrado también, de Chigüinda para abajo, algunas especies de *Cephalis*, de *Psychotria* y de *Richardsonia*, importantísimos géneros de la muy notable familia de las *Rubiaceas*. Grande fué el afán que tuve por reconocerlas; pero, como no bastaba para ello mi empirismo, sino que era menester la ciencia de que carezco aun; y como, por otra parte, no podía detenerme, a fin de estudiar cumplidamente las plantas vivas, no me fué dado calificar esas especies, y hubo de limitarme a observarlas de paso. Mucho convendría reconocerlas científicamente; pues acaso podrían descubrirse algunas que suministren la *hipeacacuana* del comercio. Esta es de tres clases, a saber: la *annulada*, la *estriada* y la *undulada*, nombres provenientes de la forma de la raíz. La primera se obtiene de la *Cephalis hipeacacuana*; la segunda de la *Psychotria emética* y la tercera de la *Richardsonia scabra*. Se conoce, además, otra *hipeacacuana*, que llaman *falsa*, y se obtiene de la *Richardsonia rosea*, de la *Borreria ferruginea*, &c. Si existiese en nuestros bosques, como fundadamente lo supongo, alguna de estas plantas, tendríamos un nuevo artículo exportable, que nos haría mejorar de condición en lo mercantil. Discurriendo con madurez y hablando con franqueza, puede sostenerse que nuestro malestar económico emana, principalmente, de una circunstancia: no tenemos que dar al extranjero, en cambio de lo mucho que de él tomamos. Si nuestra exportación se nivelase con la importación cuantiosa que hacemos anualmente, no experimentaríamos las funestas crisis que nos arruinan. Vendiendo en los mercados de Europa o Norteamérica una cantidad suficiente de productos indígenas, tendríamos un fondo respetable sobre qué jirar, y saldariamos, por medio de él, todas las deudas contraídas para hacernos de productos y manufacturas extranjeras. De este modo, no veríamos con pena emigrar

rápida-mente el poco numerario que se pone en circulación, y, aunque la balanza del comercio no se inclinase en favor nuestro, no nos sería tampoco adversa, como lo es en la actualidad. Yo no encuentro, pues, otro remedio radical contra nuestras crisis monetarias, es decir, contra nuestra pobreza, que el de estimular la exportación cuanto fuere posible, libertándola de algunas gabelas que la embarazan y procurando descubrir nuevos artículos que la acrescienten.

Suplicando al lector que me perdone benévolo esta digresión, como las anteriores, diré, para concluir con lo relativo a la *hipecacua*na, que mi opinión de que ella existe en los bosques orientales, tiene también otro fundamento. Hablando el *P. Velasco*, en la obra que cité poco ha, sobre el *Bejuquillo* o *Raicilla*, esto es, sobre la misma *hipecacua*na, dice que la mejor es la de *Guayaquil*; mas, como el temperamento de los parajes cercanos a *Gualaquiza* es análogo al de algunos puntos vecinos a la costa, no hay razón plausible que contraponer a mi creencia de que, entre las especies de *Psychotria*, *Cephaelis*, &c. que he visto, debe existir alguna, que suministre el excelente específico designado por la ciencia para la curación de la disenteria. Cuando mis conocimientos en Botánica sean ménos limitados de lo que actualmente son, y pueda yo disponer de tiempo suficiente, me propongo examinar mejor lo que apénas he podido ver de un modo muy superficial y ligero.

Las plantas de mayor importancia que he hallado en mi viaje, son, indudablemente, las del género *Cinchona*, antiguamente incorporado a la citada familia de las *Rubiáceas*, y señalado hoy, por muchos botánicos, como tipo de la familia de las *Cinchonaceas*. Las varias especies de este precioso género producen, como es sabido, la *quina* o *cascarilla*, tan apreciada en los principales mercados del mundo. Nuestros bosques suministran varias clases de esta célebre corteza. Algunas de ellas obtienen precios bastante elevados en el extranjero. Otras, calificadas de *espúrias*, por químicos inteligentes, a causa, sin duda, de la corta porción de alcaloides que contienen, no recompensan el capital y los afanes empleados por el exportador. Si se examinase con esmero e inteligencia cada una de las muchas especies que vegetan en nuestros Andes, creo que, a mas de las que se reputan como legítimas y venden a buen precio se descubrirían algunas nuevas, que convendría dar a conocer en el exterior. He visto en las selvas del Oriente la especie de que se extrae la *cascarilla gris*, vulgarmen-

te llamada *Pata de gallinazo* y la que produce la *amarilla*, que solemos llamar *Costrina*. He visto igualmente otra, que en mi concepto, es la *Cinchona magnifolia* de Ruiz y Pavon. Esta abunda mas que las anteriores, sobre todo, en los bosques cercanos a *Guolaquiza*. Su corteza es de un amarillo rojizo y algo leñosa por la parte interior. Creo que no se ha hecho todavia con ella un ensayo formal, remitiendo algunos fardos a Europa o Estados Unidos, para ver si seria ventajoso exportarla. Cuando perfeccione algo mi estudio, con la lectura de obras especiales, como la *Quinologia* del eminente colombiano señor *J. J. Triana* y la de Mr. *Howard*, procuraré, si las circunstancias me son propicias, hacer un exámen comparativo de todas las especies que poseemos, así en la parte oriental, como en la occidental de la cordillera. Entónces, no me será difícil remitir a Londres unas libras de corteza de cada especie y conocer el aprecio relativo de todas en ese mercado. Hoy me contento con enunciar mi propósito, sin entrar en la clasificacion, incompleta, de las plantas de *Cinchona*, que rápidamente he visto.

La familia de las *Guttiferas* tiene tambien sus representantes en nuestra selva oriental. El género *Clusia*, formado por los árboles que el pueblo conoce con el nombre de *Duco*, es de mucha importancia; pues hay en él algunas especies, que, por incision practicada en el tronco, dan un incienso sumamente aromático. Los indios llaman *Huarmituco* (*Duco* hembra) una planta de que lo extraen frecuentemente, en los bosques de *Chiguinda*. Esta denominacion alude a la pequenez comparativa de las hojas, en contraposicion a las de otros árboles del mismo género, que las tienen mucho mas grandes. Me parece que es el *Clusia duco* de los botánicos.— Muy oportuno seria extraer una pequena cantidad de esa resina y exportarla, por via de prueba. Botánicos tan esclarecidos como *J. Lindley* hablan de ella en términos harto lisonjeros. [a]

Otro producto precioso de esos bosques, en las partes algo elevadas, es la *Zarzaparrilla* (*Smilax officinalis* o *médica*). No la he podido descubrir en las localidades bajas, por donde atraviesa el camino, pero tengo informes muy

(a) *Clusia Duca yields a resin known in Columbia by the name of Duca, and burn for the sake of its pleasant odour.— Lindley, "The Treasury of Botany" artículo Clusia.*

exactos de que ella se da en los declives superiores de esas montañas. No hay motivo para creer que sea inferior en calidad a la de las selvas occidentales, que se vende con buena reputacion en Europa. Por el contrario, sé, por asercion de personas fidedignas, que la del *Rosario* es muy eficaz en la curacion de las afecciones sifilíticas. Bien convendria hacer un atento exámen de este vegetal, ver si es algo abundante en esas u otras selvas de la provincia y añadirlo a los pocos objetos que actualmente exportamos.

Entre las especies de *Arum*, que tanto abundan en todos los parajes sombríos y húmedos del bosque, hay una, que el vulgo llama *Zuba*, de grandes hojas deltoideas, muy semejantes a las de la *Concha* de nuestros jardines, que es su congénere. Los individuos del vulgo recomiendan esta planta, como muy buena para la curacion de las llagas que forma la carga en el lomo de las bestias. Dicen que el jugo de la *Zuba* es mordicante o corrosivo y destruye la parte gangrenada, facilitando así la cicatrizacion de la herida. Añaden que es peligroso humedecerse con él las manos, porque las deja lastimadas. Esta opinion del pueblo es bien fundada, como lo son, ordinariamente, las que él tiene; pues le han sido sugeridas por una larga experiencia. Efectivamente, la propiedad acre de muchas especies de *Arum*, de *Caladium*, y de otros géneros de la familia de las *Aroideas*, es conocida por los botánicos. Esto no quita que haya, entre tales plantas, algunas que suministren un alimento saludable para el hombre. Nosotros tenemos, en localidades abrigadas, la que comunmente llaman *Tuyo* o *Pelma*, y es una especie de *Colocasia*. Sus tubérculos contienen abundante fécula y son de un sabor nada desagradable. He visto sementeras de esta planta en *Chiquinda*, el *Rosario*, &c., aparte de haberla conocido, de antemano, en *Jiron* y otros puntos.

Entre los árboles frutales que espontáneamente se dan en los bosques de *Gualaquiza*, deben ser enumeradas varias especies de *Persea* (*Aguaçate*), muchas de *Inga* (*Guava*), alguna de *Ficus* [*Higueron*] y diferentes *Palmas*. Es de presumir que aun haya algunos otros árboles que produzcan frutos útiles; mas, para descubrirlos, seria menester cruzar las selvas en varios sentidos y explorarlas cuidadosamente. Los indios, que se internan en esas montañas, buscando, a distancias considerables, las plantas de que extraen la quina, me han asegurado, por repetidas ve-

ces, que hay una clase de higo muy semejante al nuestro (*Ficus carica*), y que es el fruto de un árbol corpulento y encumbrado. No sé si este es el mismo *Higueron* u otra especie del género *Ficus*.

BIBLIOTECA NACIONAL

V

Gualaquiza.

Es un hermoso, aunque no muy amplio valle, que, extendiéndose de occidente a oriente, se ensancha de un modo considerable en su extremo oriental, sobre todo hacia la parte que mira al Sur. Los estribos o baluartes de la enorme cordillera andina se abaten notablemente en esta región, sin deprimirse, por eso, en el todo, como parece que sucederá en lugares más cercanos a las inmensas planicies del *Amazónas*. Lo riega el río *Gualaquiza*, formado por los arroyos de *Yumaza* y *Sanfrancisco*, que descienden de las montañas occidentales. Ese río es de corto caudal, en las épocas de verano, y baja a confluir con el *Bomboiza*, después de recoger en su trayecto, de dos leguas o poco más, las aguas de algún arroyuelo, como el *Churuyacu* o *Ijmbi*. El expresado *Bomboiza* es un río bastante caudaloso, que sobrepaja, en mi concepto, a nuestro río de *Paute*, comparado con el caudal que tiene este en el pueblo del mismo nombre. Lo forman los ríos *Cuchipamba* y *Cúyes*, que vienen de los montes del sudeste. Después de recibir el *Bomboiza* las aguas del *Coprambiza*, por la margen occidental, va a reunirse con el caudaloso *Zamora*, que llega del sur. Confundidos los dos, toman una dirección noreste y bajan, por regiones desconocidas, a confluir con el *Paute*, para formar el célebre *Santiago*. La hoya, pues, que se extiende desde los arroyos *Yumaza* y *Sanfrancisco*, hasta donde se juntan el *Bomboiza* y el *Zamora*, es la que tiene el nombre de *Gualaquiza*.

Al occidente de esta comarca, se elevan, como he dicho, las colosales masas de los Andes; al oriente y sureste están las regiones habitadas por las tribus de *Patucuma*, *Cangaimé*, el *Pongo* y *Zamora*; al Norte las de *Méndes*, y al Sur las de *Chicani* y *Pachicosa*. El aspecto físico de Gualaquiza es todavía selvático; pues no es grande la parte despejada, y aun las casas de muchos pobladores, particularmente jíbaros, están circundadas de bosque. Aunque se destruya es-

te, a fin de cultivar el terreno y hacer plantaciones, bastan algunos meses de abandono, para que una exuberante vegetacion cubra nuevamente lo desmontado. La naturaleza recobra allí muy rápidamente su imperio, y apenas se descubre algun vestigio de las costosas labores antiguas.

La temperatura de *Gualaquiza*, segun informes de personas que han residido en ese lugar por dilatado tiempo, parece que fluctúa entre 20.° y 26.° del centígrado. No sé cual sea su altura sobre el nivel del mar, aunque del grado medio de la temperatura puede inferírsela aproximadamente. Lo intempestivo de mi viaje no me permitió llevar un barómetro, para calcularla. Podré hacerlo mas tarde, si visito otra vez esas regiones, como fundadamente lo espero. En cuanto al clima, lo creo bastante húmedo, como debe serlo naturalmente, atendida la proximidad de los bosques y la cercanía de rios caudalosos, como el *Bomboiza* y el *Zamora*, que, mediante la evaporacion, humedecen constantemente el aire. Con todo, me han dicho algunos sujetos fidedignos que sobrevienen, de vez en cuando, veranos de extraordinaria duracion.

El terreno de *Gualaquiza* tiene la feracidad propia de un suelo virgen, cubierto de una profunda capa vegetal, formada por los despojos del bosque, y favorecido por una temperatura excelente. Las plantas que nacen de un modo espontáneo, en la parte desmontada, son, regularmente, arbustos o hierbas. Entre unos y otras, he podido notar, muy de paso, las familias, géneros y especies que siguen.— Las *Compuestas* o *Synanthereas* están representadas, principalmente, por el género *Baccharis* (*chilco*); las *Verbenáceas*, por los géneros *Lantana* y *Verbena*; las *Labiadas*, por el género *Eclívia*; las *Solanáceas* por los géneros *Cestrum* [nuestro *sauco*], *Solanum* y *Datura*. Es de advertir que se da en abundancia el *Solanum quitense* (*naranzilla*), y que, entre las varias especies de *Datura* [*Floripondio*], hay una de flores blancas, mas largas que las de nuestra *Datura suaveolens* (*Floripondio blanco*); los jíbaros la llaman *maicoa*, y he oido decir que es muy medicinal. Las *Piperáceas* se hacen notar, especialmente, por el género *Piper*, una especie del cual, llamada *títilin*, y por los jíbaros *undundupi*, sirve para el beneficio del azúcar, sin duda por la mucha potasa que contiene su ceniza. Hay tambien diversas especies de *Melastomáceas*, de *Borragináceas*, de *Rubiáceas* y de *Asclepiadáceas*; notándose, entre las de esta última familia, una especie de *Macrocépis* o *cundurango*. Las *Phytolacáceas* están represen-

cada por el género *Phytolacca*, [*atagchi gto*], Las *Legumi-
 nosas*, por el género *Heliosarum* y algunos otros. Entre las
 plantas monocotiledóneas, abundan las *Gramíneas*, que pros-
 peran admirablemente, suministrando muy buen pasto al
 ganado; las *Polygonáceas*, las *Comelináceas*, las *Convolvuláceas*,
 las *Pandanáceas*, las *Musáceas*, del género *Heliconia*, espe-
 cialmente la *H. bikai* (*biyo*); finalmente, las altas y
 elegantes *palmas*, adorno principal de esas regiones y re-
 lias de toda la vegetación tropical. No mencionare, de es-
 tas, sino la *Guilietma speciosa*, llamada vulgarmente *chon-*
taruru, y concluire este párrafo, advirtiendo al lector que
 hablo en él de las plantas, en el orden, o mas bien desór-
 den, en que las he visto, y traduciendo lo que acerca de
 la última y de sus frutos dice J. Lindley, en su diccio-
 nario de Botánica: "Tiene el tallo de esta palma la al-
 tura de sesenta u ochenta pies y está erizado de espinas
 largas y puntiagudas. Sus frutos, agrupados en racimos
 largos y pendientes, son casi del tamaño de un albaricque,
 y tienen un color claro de escarlata en la extremidad supe-
 rior, siendo amarillos en su parte baja. La corteza exte-
 rior de ellos (*sarcocarpo*) es carnosa y contiene abundante
 fécula, por lo cual es uno de los principales alimentos de
 los indios (Habla de los habitantes de Venezuela y de
 las Guayanas), que comen de estos frutos, cocidiendolos o a-
 sandolos. Cuando los sazonan con sal, tienen el sabor de
 la patata; pero, a veces, suelen prepararlos tambien con
 miel. Hacen igualmente de ellos una bebida, fermentándo-
 los con agua y reduciendolos a bollós [*meal*] la masa que re-
 sulta."

Despues de visto Gualaquiza bajo su aspecto montes-
 (permítaseme la expresion), debo hablar de lo que ha he-
 cho la civilización, para trasformarlo.

La población que actualmente ocupa esa comarca, se com-
 pone de dos porciones, sumamente heterogéneas, esto es, de
 los bárbaros, nativos de ella, y de la gente civilizada que
 ha ido a establecerse en la misma. Discurriré acerca de u-
 nos y otros, con la detención que me permita la naturaleza
 de este escrito.

Los bárbaros de Gualaquiza, pertenecientes a la tribu
 de los *Abaros*, han debido ser muchos en tiempos anterio-
 res. Al presente, no puede pasar su número de setenta u
 ochenta, incluso los parvulos y las mugeres. La epidemia
 de la viruela y otras, que se han importado de los pue-
 blos interandios, han diezrado esta raza, la que ha hecho

también frecuentes pérdidas, con la voluntaria expatriación de algunos, que han emigrado a *Mendes*, al *Pongo*, & justamente perseguidos por las autoridades, a consecuencia de los crueles y alevosos asesinatos que han cometido de tiempo en tiempo. Curioso me parece consignar en este oportuno, como un dato estadístico, que no carecerá de utilidad en lo futuro, los nombres de los jefes de familia que habitan actualmente en esa region, indicando el número de individuos que componen aquella; aunque no me sea posible mencionar prolijamente a todos. Helos aquí:—

Sire [Ignacio] (a), antiguo sirviente del memorable párroco de la misión presbítero *José Antonio Torres*, quien crió y educó a este jíbaro, enseñándole las primeras letras, y aun haciendo que estudiase gramática en el Seminario de esta ciudad, con el laudable intento de formarlo para el sacerdocio. *Sire* es casado con una mujer civilizada del *Sig-*

sig, y tiene cuatro hijos. *Chumbera*, anciano de mas de setenta años, dotado de una índole excelente. Es Capitán de la tribu, elegido, años hace, por un sufragio verdaderamente popular, en virtud de su buena conducta y carácter amable. Muerta su mujer, no le queda sino una hija párvula.

Chacaima, yerno del anterior, que habiendo perdido a su primera mujer, vive en casa de *Chumbera*, casado actualmente con otra, en la manera en que puede serlo un salvaje.

Chiripa (Joaquín), sobrino de *Chumbera*. Tiene dos mugeres y algunos hijos. Una de sus esposas se llama *Tazumba* y la otra *Masuca*; ambas son bautizadas y tienen el nombre de *Mercédes*. Supongo que el R. P. *Pozzi*, último misionero de Gualaquiza, no podría conseguir que este jíbaro abandonase a una de ellas y tomase por mujer legítima a la otra.

Huambachi (José María), casado y padre de algunos hijos.

Cachumbi, casado también y con familia.

Ambusha (José), igualmente casado; tiene dos hijos.

Naninga (José Antonio), casado. Tiene un hijo y uno o dos entenados.

Hualo (Ramon), casado con dos mugeres, a una de

[a] Los nombres que escribí entre paréntesis son los que se les ha dado, en el bautismo, a los que han recibido este santo sacramento.

Las cuales despidió, hace poco, en compañía de dos hijos. Ella y estos se trasladaron a *Chicani*, llevados por sus parientes. En la otra tiene también dos hijos.

Chimapi, suegro del anterior. Tiene igualmente familia.

Naranza [José Antonio], casado. Tiene varios hijos y un yerno, llamado *Zamareño*, que carece de familia y vive a orillas del *Bomboiza*, en el punto llamado *Turduli*.

Utita (Manuel), casado y con hijos. Le conocen generalmente con el nombre de *Toledo*, que es el apellido del sujeto que le sirvió de padrino en la pila bautismal.

Cuja, venido de la población de *Mendes*, hace cosa de dos años. Su mujer se llama *Sanchúa*. Tiene varios hijos.

Hay, además, algunos otros individuos, que se han trasladado, recientemente, de la misma población de *Mendes* a la de *Gualaquiza*, donde es probable que se avencinden, como acontece de ordinario.

Calculando aproximadamente el número de jibaros residentes hoy en la parroquia, puede fijárselo, según he dicho, en 80, con excepción de aquellos que están como de visita y pueden atravesar de nuevo los bosques, de regreso a sus lejanos hogares.

El aspecto de todos estos bárbaros, semicivilizados africanos, nada tiene de repulsivo. Su estatura es comunmente más que mediana; sus miembros perfectamente formados; su fisonomía agradable y muy animada. Están dotados de una perspicacia y desembarazo particulares. Se acercan a cualquier recién venido, con cierta familiaridad y audacia nada comunes; le saludan tendiéndole la una mano, mientras tienen su lanza en la otra, y entablan con él una amistosa conversación. Esta comienza siempre por las preguntas de *quién eres?* y *qué traes?* No se nota en ellos ese aire de taciturnidad, melancolía y encogimiento, tan propio de nuestros indios; circunstancia que tiene su natural explicación en la libertad de que los primeros gozan y en el abatimiento, la timidez y la postración que algunas centurias de servidumbre han imprimido en los últimos.

El vestuario de los jibaros se compone, para los varones, de una sola prenda, que llaman *itipi*: es una tela que, atada en las caderas, cubre muy bien la parte baja del vientre y la alta de los muslos. El vestido de las mujeres es aun más honesto; pues les oculta enteramente el pecho y les cae hasta las pantorrillas. Aquellos se pintan el rostro, los brazos, el cuerpo y los muslos, formando labores caprichosas, de color rojo, con la pulpa del achiote, y

de color negro, con una preparacion del fruto de un árbol llamado *sula* o *zua*. Tienen cuidado especial de mantener bien limpio y graciosamente recogido el cabello, y, a veces, completan elegantemente su tocado, con una especie de corona o gorra, que hacen de una piel, fina y lanuda, de rabo de mono.

La casa en que habitan, llamada por ellos *jea*, es de forma elíptica, mas o ménos prolongada. Las paredes son de caña o de *chonta* (madera procedente de varias especies de *Palma*). La techumbre está sostenida por estas paredes, y por algunas columnas de palos delgados, rectos y fuertes, colocados, a distancias simétricas, en la longitud del eje mayor de la elipse. La cubierta es de hojas secas de una especie de *Pandanus*, conocida con la denominación de *cambaalga*, hojas que colocan con mucho artificio y seguridad. El pavimento de la única pieza que estas habitaciones tienen, es de tierra apelmazada, pero muy limpio y regularmente nivelado. A uno de los costados o extremos de la habitación, están, arrimadas a la pared, las camas de los varones, formadas por pequeñas tarimas de caña picada, que constituyen un plano, algo inclinado hacia el interior de la pieza, y se levantan a poca altura del suelo. El cuerpo descansa en esta clase de tarimas, solamente hasta las caderas; pues las piernas quedan al aire, y los pies reposan sobre un palo, que llaman *patachi*, sostenido por dos horquillas, en una y otra extremidad. Debajo de este aparato, y un poco hacia fuera, cuidan de conservar fuego (que denominan *je*), durante la noche.

Las camas de las mugeres, situadas a otro lado o extremo, son análogas a las de los varones; pero carecen del *patachi* y tienen dos paredillas laterales, de la misma caña, a modo de cortinas. Lo singular y notable es que cada muger tiene, sobre su lecho, dos, tres o mas perros, atados, entre los cuales duerme.

Siento no poder hablar de algunas otras particularidades, sobre las costumbres de los jíbaros, ya por no extenderme demasiado, ya porque mis observaciones, hechas en un cortísimo número de dias, pudieran, quizá, no ser todas exactas.

La poblacion que suele llamarse *cristiana*, esto es, la formada por individuos que han descendido de los Andes para establecerse en *Gualaquiza*, puede componerse en la actualidad de mas de cien almas. Algunos de estos colonos cultivan en propiedad pequeñas porciones de tierra; otros viven al servicio de dos o tres hacendados. En quan-

to a estos últimos, que no pasan, por hoy, de tres o cuatro, puede decirse que su residencia en *Gualaquiza* es ocasional; pues solo permanecen allí durante algunos meses, cuando se lo exigen ciertos trabajos agrícolas, y regresan, luego, a su domicilio habitual. Debo exceptuar, sin embargo, al señor don *Antonio Vega*, el más laborioso, constante y entusiasta de aquellos propietarios, y el que impide, en cierto modo, con su laudable firmeza, el total abandono de la colonia. El fundo de este caballero es el mejor y más bien cultivado de todos, y a fe que retribuye con cuantiosos productos las cotidianas fatigas de su dueño. Merece el señor *Vega* todo género de protección de parte de las autoridades; pues, con su tenaz empeño de trabajar incansablemente en esas regiones, alienta y estimula a otras personas, ménos resueltas y emprendedoras que él. Enérgico en algunas ocasiones, blando y complaciente en otras, ha llegado a granjearse, generalmente, las simpatías de los bárbaros, que le aman y respetan. El destino de Jefe político de *Gualaquiza*, que desempeñó en años anteriores, le puso en aptitud de impulsar mucho el adelantamiento de la civilización en esa distante y atrasada parroquia.

El mayor inconveniente para el progreso de los *entables* consiste, después de la falta de un buen camino, en la escasez de los brazos indispensables para las labores agrícolas; de aquí es que estas son muy reducidas, excepto en el fundo del señor *Vega*. Las plantas que cultivan los colonos son aquellas de que, por ahora, esperan y obtienen un provecho mayor; a saber: el *plátano* y el *guineo* [*Musa paradisiaca*, *M. sapientum* y otras especies], la *caña de azúcar* (*Saccharum officinarum*, &c.), la *yuca* (*Manihot uli-lissima*), la *piña* [*Ananassa sativa*], el *camote* [*Convolvulus batatas*], el *tuyo* o *pelma*, de que he hablado ya, el *arroz* (*Oryza sativa*), el *maíz* [*Zea maíz*], varias especies de *fréjol* (*Phaseolus*), el *achiote* (*Bixa orellana*), el *aji* [*Cap-sicum* de una especie particular], la *paja toquilla*, de que también he tratado, y algunas otras.

En cuanto al *café* (*Coffea arabica*), cuya preciosa producción va enriqueciendo algunos pueblos de Centroamérica, y constituye uno de los mejores ramos de exportación en los de nuestra costa del Pacífico, es de sentir que no se lo cultive en *Gualaquiza*, cuando ménos tan profusamente como la *caña*. He visto algunas plantas de él, admirablemente cargadas de fruto, y no he podido comprender la razón que tengan los colonos, para no formar

grandes plantaciones, que les den abundante cosecha. No es digna de aprobación la conducta de estos sujetos, que se consagran casi exclusivamente a cultivar dicha caña, con el objeto especial de extraer aguardiente, es decir, de lucrarse fomentando el envenenamiento y la degradación de las poblaciones. Lo que deberían hacer, por su bien propio y por el de sus conciudadanos, es limitarse, en cuanto al beneficio de la caña, a la elaboración del azúcar refinado o moreno; y especular, por otra parte, en considerables plantaciones de café y de otros vegetales conocidamente útiles.

Entre estos, merece no ser desatendido el cacao [*Theobroma*], que debe producirse perfectamente, a juzgar por la lozania de algunos pies que vi en el fundo del señor don Manuel Dávila; el añil (*Indigofera*), para cuyo cultivo parecen muy adecuados el terreno y la temperatura; y el tabaco [*Nicotiana*], que debe prosperar también perfectamente. ¿Por qué no habrán emprendido hasta hoy los cultivadores de esas fércoces tierras en un ensayo formal, que les dé a conocer lo que pudiera esperarse de estas plantas? Cierto es que el beneficio del añil y del tabaco requiere algunos conocimientos; más un agricultor medianamente instruido y laborioso pudiera adquirirlos con el estudio y la práctica, aparte de que no sería imposible contratar, en otras provincias o en el extranjero, con uno o mas individuos versados en la elaboración del añil y en la preparación del tabaco, para que enseñen estos ramos de industria a los colonos y a sus sirvientes.

Las plantas que cultivan los jíbaros, en sus pequeñas sementeras, son, en la mayor parte, las mismas que tienen los colonos. Hay mucho fundamento para presumir que el plátano, llamado por ellos *pántans*, el guineo, que conocen con el nombre de *majecha*, y otras varias, existieron en *Guataquíza* y demás puntos del Oriente, antes de que los españoles los descubrieran. Tal es la opinión de algunos escritores; aunque puede creerse también que, llevadas en los primitivos tiempos de la conquista, han quedado aclimatadas entre los bárbaros. Son numerosos los vegetales de cuyas hojas o fruto se sirven particularmente estos, para usos medicinales o para su alimento ordinario. Mencionaré solamente algunos. La *guayúsa*, cuyas flores no me fué posible inspeccionar, y que pertenece, según el señor *Jamexon*, a la familia de las *Aquifoliaceas* y al género *Ilex* [a], es comun-

[a] "Sinopsis plantarum ecuatoriensium", I, pag. 129.

mente usada por los salvajes, en infusión teiforme, como un excelente tónico. Los colonos reconocen tambien esta virtud de la planta y suelen aprovechar de ella. — El *natema*, es un bejuco, de cuyas hojas se sirven los jíbaros, administrándolas tambien en infusión, para obtener los resultados de un emético. Tampoco he visto las flores de este vegetal, e ignoro a qué familia pertenezca. — La *sula* o *zica* es un árbol de regular talla, que da un fruto semejante, en su forma, tamaño y corteza [*epicarpo*], al de nuestro nogal, aunque en su pulpa y semillas es muy distinto. Sospecho que pertenece a la familia de las *Ebenaceas*. Machacando la parte carnosa de ese fruto con agua caliente, se obtiene un líquido, de color turbio, que tiene perfectamente de negro el cabello cano, y es, quizá, preferible, para este uso, a los famosos tónicos orientales y otras preparaciones pottiposamente anunciadas por los periódicos. El mismo fruto, les sirve a los bárbaros, como ya lo he dicho, para pulir la piel y adornársela según su gusto y costumbre.

Como planta tintoria, para las telas de que se visten, usan los jíbaros de una, que llaman *yamoculi*, cuyas hojas maceran en agua tibia, colocando, despues, en esta preparación el tejido que desean teñir. Bastan algunas horas, para que este adquiera un color café, nada desagradable, que es el que dan, regularmente, a los *úlipis* y otras prendas de su vestuario.

Aunque los bárbaros de *Guataquiza* no dejen de trabajar algo en la agricultura, empleando principalmente a las mugeres en el cultivo de algunas plantas, con las cuales cubren el área de reducida extensión que desmontan y labran en torno de sus habitaciones, su ocupación predilecta es la de la caza, que la hacen internándose en los interminables bosques de esa montuosa region y permaneciendo, aun por muchos días, en la selva. Sus armas, para este objeto, son la lanza y la cerbatana. Usan de la primera contra los cuadrípedos, y de la otra, contra las hermosísimas aves que les proporcionan alimento, con su carne, y adorno, con el bello y matizado color de sus plumas. Las saetas de que se valen para cazarlas están enherboladas, de ordinario, con un veneno que llaman *chiasa* o *ticuna*, y que van a buscar en *Ménde*s o en el *Pongo*. Se asegura que es el producto de un vegetal ponzoñoso, a cuyo cocimiento añaden tabaco y ají.

Antes de dar fin a esta sección de mi opúsculo, debo hablar de una planta inapreciable, tan útil para los

bárbaros, como para la población civilizada: es el algodón (*Gossypium* de varias especies). Mucho se ha trabajado por formar grandes plantíos de él, y se los ha visto prosperar de un modo admirable, infundiendo la lozanía de la sementera halagiteñas esperanzas en el ánimo de sus dueños; pero, por desgracia de estos y del país, las plantas se han agostado repentinamente, a tiempo en que, marchita la flor, comenzaba a engrosar la cápsula que contiene las semillas, rodeadas de la fibra téxtil. Este súbito daño ha provenido de la plaga comúnmente conocida en nuestros campos con el nombre de *lancha*, cuyos efectos son tan perniciosos, que en breves horas quedan destruidas las sementeras de ciertos vegetales.

Los mas expuestos al temible influjo de la *lancha* son, entre las *Malvaceas*, el algodón; entre las *Gramíneas*, el arroz y el maíz, entre las *Solanaceas*, el tomate, (*Lycopersicum esculentum*); nuestro pepino [*Solanum muricatum*], y la papa o patata [*Solanum tuberosum*]. (a) Durante largos años se ha resentido la agricultura, en esta provincia y aun en algunas otras, del grave perjuicio causado por tan calamitoso fenómeno, desconocido en tiempos anteriores. Nadie lo ha explicado hasta hoy satisfactoriamente: unos lo creen análogo al hielo, que, como es sabido, proviene de la irradiación del calorico en noches despejadas; otros lo atribuyen a la mala distribución de los abonos en los campos de labor; otros al envejecimiento y degeneración de algunas razas de vegetales, que, debilitándose gradualmente, acaban por ser incapaces de resistir a la mas leve afección morbosa; otros al desarrollo de un hongo microscópico, que vegeta en el parenquima de las hojas de la planta y lo destruye, a consecuencia de lo cual muere ella, privada de esos órganos respiratorios, indispensables para la vida; otros, finalmente (y entre estos nuestros campesinos), opinan que la causa directa del fenómeno consiste en una especie de neblina o lluvia, sumamente menuda, que cae en algunas

(a) Suplico a los lectores poco instruidos en Botánica que me perdonen el uso frecuente que he hecho de voces técnicas; pues las he empleado de propósito, por despertar en alguno, siquiera, de los jóvenes azuayos la afición a un estudio de tanta importancia. Sensible es que nadie se dedique a él, y lo es mucho mas, si se reflexiona que la ciencia de la Medicina, bastante cultivada en el país, exige necesariamente, en los que la profesan, un conocimiento algo profundo de la naturaleza vegetal.

épocas de verano. Fundados en esta creencia, dan también el mismo nombre de *lancha* a esa lluvia perjudicial. Yo me inclino a pensar, conciliando las dos últimas opiniones, que la plaga proviene efectivamente de la rápida vegetación de aquel hongo parásito, siendo esta favorecida por la escasa humedad que produce la niebla o llovizna, de que hablan los sencillos agricultores. Felizmente, va menguando, en la presente época, la intensidad del daño, y es de esperar que pronto desaparezca la temida *lancha*. Entonces, no habrá obstáculo que les impida, a los hacendados del Oriente, dedicarse al cultivo de una de las plantas más benéficas para el hombre. El producto que obtengan podrá ser exportado a las plazas de Europa, y aun venderse en esta ciudad, para dar impulso a la importante fábrica de lienzos, establecida por el inolvidable señor don *Benigno Malo*.

VI

Porvenir de Gualaquiza.

La decadencia actual de los *entables*, en esta colonia, es debida a varias causas, entre las cuales se puede enumerar, como mayores y más directas, el mal estado del camino, la falta de brazos para la agricultura, las funestas irrupciones de los salvajes y la pérdida de las plantaciones que más aliento y confianza infundían. De todas ellas he hablado con la detención que me ha sido posible; pero debo añadir algunas observaciones, sobre los medios de que convendría valerse, para fomentar la colonización, restablecer la confianza que muchos de los cultivadores han perdido, y hacer que el país reporte el provecho que, naturalmente, ha esperado de la explotación de esas comarcas, que en remotos tiempos recobró para sí la barbarie. (a)

Lo primero que debe hacerse es crear de nuevo el cantón de *Gualaquiza*, que, según el art. 7.º §.º 5.º de la ley de división territorial de 1861, se componía de las parroquias de *Gualaquiza*, el *Sigsig*, el *Rosario*, y de las tribus y terrenos comprendidos en el antiguo gobierno del

(a) Nadie ignora que, por la gran sublevación de los jíbaros, ocurrida en el año de 1559, se perdieron varias poblaciones del Oriente, y, entre ellas, la importante ciudad de *Logroño*.

Yaguarzongo, hasta el *Amazónas*. La ley de régimen administrativo interior de 1869 redujo, por su art. 7.º §. 5.º, a solo dos las parroquias de ese canton, esto es, a las de *Gualaquiza* y el *Rosario*, incorporando al canton de *Gualaquiza* la notable parroquia del *Sigsig* y prescindiendo absolutamente de los territorios orientales, de que hablaba la otra. Aun así, hubiera continuado el canton en su carácter de tal; pero, a fines de 1869, representó el Jefe político de él que la poblacion de esas dos parroquias era insignificante, y que se carecia absolutamente de rentas; a consecuencia de lo cual declaró el Poder Ejecutivo, en 12 de diciembre del mismo año, suspensa la disposicion legal que habia creado dicho canton. Posteriormente, es decir, en 16 de febrero de 1870, dispuso que no se les privase a los colonos de *Gualaquiza* de las exenciones que les habia otorgado la ley de 23 de octubre de 1865, aunque el canton se hallaba *extinguido*. De modo que, segun las propias palabras del Jefe de la República, está suprimida, por ahora, esa entidad política, y he aquí lo que me ha autorizado a considerarla como inexistente, en algunos pasajes de este escrito.

Una vez desmembrada la parroquia del *Sigsig*, única que podia suministrar los fondos indispensables para la subsistencia del canton, era indefectible la desaparicion de él, fuese de hecho, fuese por disposicion, muy razonable y fundada, de la autoridad. Ahora bien, si esta y los particulares desean que *Gualaquiza* llegue a ser para la provincia del Azuay, y aun para toda la República, una colonia próspera, que, a mas de contribuir con sus nobles producciones al bien comun de los ciudadanos, sirva como de punto de partida, para emprender en el descubrimiento y colonizacion de las inmensas comarcas del antiguo *Yaguarzongo*, es de urgente necesidad que piensen, ante todo, en reconstituir el canton, en la misma forma en que fué creado por la citada ley de 1861. O se restablece la disposicion del art. 7.º §. 5.º de ella, o se renuncia, para siempre, a la lisonjera esperanza que, durante largos años, han infundido en el ánimo de muchos sujetos laboriosos, emprendedores y patriotas, la situacion, la temperatura y la fertilidad de esas lejanas regiones.

Reconstituido el canton, y aplicados los fondos naturales de él al mejoramiento y reparacion frecuente del camino de *Gualaquiza*, abundarian, de suyo, los brazos para la agricultura, renaceria el entusiasmo ferviente de otras épo-

cas, serian arrasados de nuevo los bosques y reaparecerian los numerosos fundos, que, diez o doce años ha, comenzaban a transformar completamente el territorio comprendido entre *Yumaza* y el *Bomboiza*. Las alevosas irrupciones de las tribus bárbaras y los crueles asesinatos cometidos por estas, no volverian a difundir el terror entre los colonos, especialmente si el Gobierno mantuviese allí, para la seguridad de éstos, un pequeño piquete de soldados, como lo ha hecho ya en algunas ocasiones. El provecho obtenido por los empresarios mas diligentes y ménos tímidos, estimularia, muy luego, a una muchedumbre de personas, que, apesar de su amor al trabajo y del vehemente deseo de hacer fortuna, no saben a qué dedicarse, por carecer de bienes raíces y por no contar con una profesion suficientemente lucrativa [si las hay en el país], para proveer a su propia subsistencia y a la de su familia. El cultivo del café, del cacao, del añil, del tabaco, del arroz, de la caña, del maíz, del plátano, de la yuca, del maní, del achiote y de otras muchas plantas útiles, les proporcionaria el bienestar que hoy les falta; el cual seria aun mayor, si, adquiriendo, por medio del estudio, algunos conocimientos sobre la naturaleza vegetal, explotasen el desconocido tesoro que contienen los bosques, en cortezas, raíces, resinas y bálsamos preciosos.

Mas, para que el progreso económico concuerde con el moral, en interés de la civilizacion, seria de todo punto necesario que la Autoridad eclesiástica estableciese, a costa de cualquier esfuerzo, una mision permanente y bien servida, en esa poblacion tan retirada de todas las demas parroquias de la diócesis. Los colonos vivirian cristianamente, y se acrecentaria el número de las almas ganadas para la religion y la sociedad, mediante la continua catequizacion hecha por uno o mas sacerdotes. Escusado es decir que estos debian estar adornados de cualidades propiamente evangélicas, tales como la mansedumbre, la benignidad, la abnegacion, la caridad, la constancia y el valor, propios del que ha nacido para el sublime ministerio de apóstol. Las piadosas insinuaciones de un verdadero discípulo de *san Francisco Javier* son mucho mas eficaces, para civilizar bárbaros, que la coaccion imprudentemente empleada con el mismo fin.

Junto a la iglesia de la mision (a), seria indispensable

(a) *Gualaquiza* tiene actualmente una, muy regular, que mandó construir el R. P. *Pozzi*.

ble que exista una escuela de primeras letras. El institutor pudiera ser, por el pronto, uno de los misioneros, como se observa ordinariamente en tales circunstancias. La instruccion que se comunicase a los párvulos, hijos de los salvajes, les incorporaria, desde luego, a la sociedad formada por los demas ciudadanos, particularmente si se procurase educar unidos, a esos niños infelices, con los descendientes de los colonos, que no dejan de formar un número considerable. La iglesia y la escuela, hé aquí las dos piedras angulares en que reposa toda civilizacion. Faltando una de ellas, será estéril cuanto se trabaje por regenerar a una raza degradada, como la de nuestros jíbaros. Planteadas convenientemente las dos, talvez llegarian a ser innecesarios el fusil y la pólvora, odiosos elementos de exterminio, que intimidan, ahuyentan, aterran, pero no civilizan. Mucho bien mereceria de la patria, mil bendiciones recibiria del pueblo, la autoridad que, estableciendo una buena mision y una escuela dirigida por esta, acrecentase el número de los ecuatorianos, y ensanchase, positivamente, el territorio de la República, con la adquisicion de esas vastas comarcas, que solo legal o nominalmente nos pertenecen hoy.

Terminaré mi modesto trabajo, expresando, por patriotismo, el temor que tengo, y deben tener todos mis compatriotas, de que, si se descuida la colonizacion de las regiones orientales, porcion la mas hermosa y rica del Ecuador, sean ocupadas estas, como ya empiezan a serlo, por las naciones limítrofes.

Quenca, agosto 4 de 1875.

LUIS CORDERO.